

EMPLAZAMIENTOS MISTERIOSOS EN LA LITERATURA FANTÁSTICA DE ARAGÓN DEL SIGLO XIX

MYSTERIOUS LOCATIONS IN THE FANTASTIC LITERATURE OF ARAGON DURING THE 19TH CENTURY

Ángel VEGA GUARDIA

Uniwersytet Szczeciński (Polonia)

angel.vega@usz.edu.pl

Resumen: El presente artículo quiere analizar la influencia que pudo ejercer el ámbito geográfico (tanto en su rama física como en la humana) en numerosos autores españoles del siglo XIX, en cuanto a la literatura fantástica de Aragón se refiere y todo lo concerniente a la enajenación, lo extraño, lo inexplicable y la alienación humana. En efecto, pese a la poca atención que ha generado esta temática en relación a los autores de literatura fantástica en castellano del siglo XIX, una lectura profunda revela que existe un trasfondo más sugestivo que de lo que a primera vista pudiera parecer.

Palabras clave: Bécquer; brujas; Trasmoz; pueblo excomulgado; monasterio de Veruela; Moncayo; literatura fantástica; Aragón en la literatura del siglo XIX.

Abstract: The article analyzes the influence could have exerted the geographical area on numerous Spanish authors of the 19th century in terms of fantastic literature in Aragon, and that which borders with notions like human alienation or madness. A rich list of novels and short stories will be reviewed in detail, taking into account both the inherent components of the genre that deals with the world of fear, the strange, the unexpected, the subversive and often the inexplicable, as well as the ascendancy that was professed in all this by the geographical locations in all its aspects, as well as the cultural, historical, artistic and spiritual elements.

Keywords: Bécquer; witches; Trasmoz; excommunicated town; monastery of Veruela; fantastic literature; Aragon in the nineteen-century literature.

Añón de Moncayo es un pueblo diminuto, escondido en las faldas de la cumbre más alta del Sistema Ibérico y está habitado por apenas doscientas almas. Todo indica, sin embargo, que durante la Edad Media experimentó un periodo de esplendor. Ello se confirma por su estratégica ubicación, elegida por la Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén, como bastión de contención en la defensa de la línea de los límites del reino de Aragón, tras la reconquista cristiana y vigilante ante las acometidas del reino de Castilla. Ese fue el motivo de la erección de su castillo que data del siglo XII. También de la Baja Edad Media es su iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de estilo románico. Además hay constancia, en forma de restos arquitectónicos, de dos castillos más, dentro del municipio de Añón de Moncayo.

Todo este bagaje histórico estuvo lleno de historias que inspiraron a dos autores interesados en este tipo de sucesos, de hecho amigos: Gustavo Adolfo Bécquer y Augusto Ferrán y Forniés. El escritor sevillano se hace eco tanto de las particularidades geográficas de este pueblecito como de las peculiaridades de las habitantes femeninas del lugar. Tampoco olvida los orígenes caballeros medievales de ese lugar. Todo ello se puede apreciar en sus *Cartas desde mi celda*.

Últimamente, como ya dije a ustedes en mi anterior, el tiempo y mis dolencias, poniéndose de acuerdo para dar un punto de reposo, el uno en sus continuas variaciones y las otras en sus diarias incomodidades, me han permitido satisfacer en parte la curiosidad, visitando los lugares del Somontano, entre los que se encuentra Añón, sin duda alguna el más original por sus costumbres y el más pintoresco por sus alrededores y posición geográfica. En mi corta visita a este lugar me expliqué perfectamente por qué en el aire y en la fisonomía de las añoneras hay algo de extraordinario, algo que las particulariza y distingue de entre todas las mujeres del país. Sus costumbres, su educación particular y su género de vida son, en efecto, diversas en un todo. Añón, que en otra época perteneció a los caballeros de san Juan, cuya orden mantiene aún en él un priorato, está situado sobre una altura en el punto en que comienza el áspero bosque de carrascas que cubre como una sábana de verdura la base del monte. (Bécquer, 1864, carta V)

El escritor madrileño Augusto Ferrán también menciona lo recóndito de la particular localización de Añón de Moncayo, para dar cuerpo a una de sus escasas narraciones en prosa, *El puñal*. Posteriormente tendremos ocasión de analizar esta historia a propósito de otros lugares muy próximos.

Borja es un municipio muy próximo a Añón de Moncayo, pero en cambio un lugar mucho más poblado. Con un terreno menos abrupto, tuvo más capacidad para el asentamiento humano. Hay en la zona vestigios de la época celtibérica, cerca del río Huecha, y se conocía con el nombre de Bursau, mencionada por fuentes clásicas. También destaca por el castillo de la Zuda, el cual tuvo la misma función que el de Añón, tuvo un fin esencialmente defensivo de los límites.

La atención literaria fantástica se la lleva una vez más el tándem de Bécquer y Ferrán, con las mismas historias tratadas en el apartado anterior.

El autor sevillano aprovecha la localidad borjana en el sentido de dar explicación a la historia de la Virgen de Veruela. La aparición inexplicable de tal virgen sorprendió a los ballesteros del señor de

la zona, y el capítulo del traslado de la Virgen desde el lugar de la visión hasta el castillo de Borja, queda reflejada en carta IX de *Cartas desde mi celda*.

Reunida, pues, la comitiva y conoedores todos del suceso, improvisáronse una andas con las ramas de los árboles, y en piadosa procesión, llevando los caballos del diestro e iluminándola con el rojizo resplandor de las teas, llevaron consigo la milagrosa imagen hasta Borja, en cuyo histórico castillo entraron al mediar la noche. (Bécquer, 1864, carta IX)

Diferente tratamiento es realizado por Augusto Ferrán, pese a hallarse bastantes similitudes. Así se nombra el título de “señor de Borja”, y una batida llevada a cabo por los asistentes de tal señor. Después de una serie de acciones desafortunadas, se da pie a exponer el meollo de la historia, trasladándose el protagonismo hacia el pueblo de Trasmoz. En su narración de *El Puñal*, se novela:

Hace, según dicen, cerca de siete siglos, que vivía en Borja un príncipe llamado D. Pedro Aterés, señor de Borja y de cuantos pueblos hay en este contorno, y pariente muy cercano de Don Alonso, rey de Aragón y Navarra. Este ilustre príncipe se había retirado a aquella ciudad, desde donde miraba las fatigas y peligros de que se había librado en el mar de la corte, para entregarse en su retiro al ejercicio de las virtudes y al cuidado de su alma y de su familia. De tiempo en tiempo, como para distraer su espíritu, solía ejercitar su cuerpo en peligrosas cacerías. (Ferrán, 1863, pp. 2-3)

En tierras oscenses nos hallamos con Jaca, una zona que dispone de una historia extensa y dilatada en el tiempo. Debido a su ubicación estratégica, emplazado en el Valle de Aragón, en los Pirineos, fue un punto fundamental en el contexto limítrofe de la Marca Hispánica fundada por Carlomagno para contener el impulso de los musulmanes en el territorio de al-Ándalus. No en vano se erigió en la primera capital del Reino de Aragón. Por otra parte fue y es un punto de paso en el peregrinaje hacia el Camino de Santiago.

Sus misterios y leyendas no pasaron desapercibidos a ilustres personajes de la historia de España, como el rey Alfonso X “el Sabio”, quien en su *Grande e general estoria*, hizo un recordatorio sobre una supuesta batalla asombrosa entre mujeres y moros, con victoria para las primeras, gracias al reflejo de los rayos del sol en sus enseres militares. También se mencionan las montañas de Jaca en la segunda parte de *El Quijote*, en el capítulo XLIII. Aunque todo este ambiente insondable no es superado por lo todavía más sibilino concerniente al jacetano monasterio de San Juan de la Peña. Sin duda alguna nos estamos refiriendo a unos de los cenobios claves de la Alta Edad Media en España. Mil años de historia la contemplan, con unos orígenes milagrosos, según la leyenda, punto estratégico en los lindes cristianos, y lugar de encuentro en los peregrinajes hacia la tumba del santo apóstol Santiago. Un conjunto arquitectónico dotado de una belleza única y envuelto en circunstancias históricas y fabulosas, como la de albergar un considerable panteón de reyes, miembros del linaje real y condal. También, según se indica por fuentes populares y otras poco verosímiles, tuvo la gracia de cobijar durante más de tres centurias, ni más ni menos que al Santo Grial, la mítica copa que contuvo la sangre de Cristo, hasta que el rey aragonés Martín I “el Humano” la trasladó en 1399 a la Aljafería de Zaragoza. Estos hechos ya sedujeron a Miguel de Unamuno quien escribió un artículo en 1932 en el diario *El Sol*, dedicado a lo atrayente de Jaca. También a uno de los escritores más recurridos en este trabajo, Gustavo Adolfo Bécquer. En su leyenda titulada *El rayo de luna* se invoca todo ese mundo

lúgubre, oscuro, incierto y al mismo tiempo sensual del que gustaba el escritor sevillano. Además se vale perfectamente de la belleza escabrosa de los entornos del monasterio para ofrecer más ímpetu a su historia aparentemente cándida sobre la aparición lumínica de un hada de beldad sin parangón.

No sabemos —respondían sus servidores—. Acaso estará en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos; o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará menos en donde esté todo el mundo. (Bécquer, 1862, cap. I)

En el confín del oeste de la provincia de Zaragoza y muy próximo tanto a las de La Rioja y Soria, se encuentra un pueblo que posee aún menos población que Añón de Aragón. Es Litago, y sus habitantes no llegan a las dos centenas. Su localización está dentro del Parque natural del Moncayo, y su existencia se halla muy ligada al monasterio de Veruela. De hecho, lo que fue el castillo de la localidad, fue donado al mencionado monasterio por parte de la monarquía de Aragón. Lamentablemente solo permanece como restos del edificio fortificado la torre del campanario.

El escritor madrileño Augusto Ferrán lo menciona en su narración *El puñal*, dentro de una categoría de pueblos insignificantes e infortunados.

Una impresión similar tendría Gustavo Adolfo Bécquer, puesto que en el capítulo VI de sus *Cartas desde mi celda*, alude a la localidad de Litago como punto de partida de una historia de una bruja.

Ambos escritores reflejaron la desolación del lugar para ambientar sus historias, con lo que realzan en el fondo la singularidad lóbrega de esta localidad.

Nos trasladamos ahora a la montaña más elevada del sistema Ibérico (2314 m.), la cual tiene una historia mítica, incluso las historias locales identifican este terreno como el lugar donde estaría la tumba del legendario Caco, quien fue estrangulado por Hércules.

El Moncayo fue escenario de paso de varias civilizaciones, y, según cuentan, un emplazamiento de acercamiento al cosmos y a las deidades. También su origen está relacionado con la tradición que narra las disputas entre hermanos que pugnaban por la herencia de su padre, y que acabaron castigados con una maldición, la de ser transformados en tres montañas separadas, siendo una de ellas el Moncayo (las otras dos son la Montaña Sagrada del Alto Rey y la de Ocejón, ambas en Guadalajara).

Disponemos pues, de un entorno propicio para la inspiración. Así podemos enumerar cronológicamente al marqués de Santillana, al poeta aragonés Bartolomé Leonardo de Argensola, al escritor decimonónico Benito Pérez Galdós y ya en el siglo XX a Antonio Machado. Y respecto a la literatura fantástica, de nuevo debemos contar con Augusto Ferrán y Gustavo Adolfo Bécquer.

En el caso de Augusto Ferrán, y en contraste con la nostalgia que le inspiraban pueblos como Litago, cada vez que se nombra al Moncayo es para remarcar aspectos saludables y acogedores, que, pese a todo, sirvió para que fuera testimonio de lujo de los acontecimientos aciagos en su cuento *El puñal*.

Hace ya algunos años, durante mi corta estancia en Vera, solía bajar la mayor parte de las tardes al monasterio, donde permanecía hasta el anochecer, contemplando aquellas murallas solitarias y ennegrecidas por el tiempo, que parecen estar mirando eternamente las faldas empinadas y cubiertas de nieve brillante del alegre Moncayo. (Ferrán, 1863)

Mucha más fascinante y cautivadora fue esta cima para Bécquer, dado que esta montaña aparece en diversos cuentos de sus libros *Cartas desde mi celda* y *Rimas y leyendas*. En el primero, en su carta VI, una historia a caballo entre la hechicería, la taumaturgia y lo luciferino, el marco inquietantemente solitario del Moncayo, y sus escalofriantes y pavorosos fenómenos climatológicos, la hacen propicia para el desarrollo de la historia, cuyo final es su derrumbamiento por un desfiladero.

—¿Siente usted este profundo silencio que reina en todo el monte, que no suena un guijarro, que no se mueve una hoja, que el aire está inmóvil y pesa sobre los hombros y parece que aplasta? ¿Ve usted esos jirones de niebla oscura que se deslizan poco a poco a lo largo de la inmensa pendiente del Moncayo, como si sus cavidades no bastaran a contenerlos? ¿Los ve usted cómo se adelantan mudos y con lentitud, como una legión aérea que se mueve por un impulso invisible? El mismo silencio de muerte había entonces, el mismo aspecto extraño y temeroso ofrecía la niebla de la tarde, arremolinada en las lejanas cumbres todo el tiempo que duró aquella suspensión angustiosa. Yo lo confieso con toda franqueza: llegué a tener miedo. (Bécquer, 1864, Carta VI)

Y en la carta VII, asistimos a otro cuento, donde también la cumbre del Moncayo y los efectos extraordinarios que aporta, confiere ese ambiente tenebroso, para profundizar en esta narración llena de prodigios, y que gira en torno a la asombrosa construcción y celeridad del castillo de Trasmoz. El protagonista, un pastor, permanece incólume ante los asombrosos fenómenos que le rodean en la montaña, y tras haber permanecido impasible ante el descrédito y sátiras de los miembros de la comitiva real musulmana.

La noche comenzaba, en efecto, a entrarse fría y oscura. De pico a pico de la elevada cresta del Moncayo se extendían largas bandas de nubes color de plomo que, arrolladas hasta aquel momento por la influencia del sol, parecían haber esperado a que se ocultase para comenzar a removerse con lentitud, como esos monstruos deformes que produce el mar y que se arrastran trabajosamente en las playas desiertas. (Bécquer, 1864, carta VII)

Aún más turbador y espantoso es lo que se nos ofrece en *El gnomo*. Se relata de tal manera que provoca el ambivalente deseo de rehuir de la montaña, aunque al mismo tiempo un anhelo incontenible de perderse por las oquedades y laderas del Moncayo, especialmente cuando los apuros de la existencia apremian y asfixian. El juego de contrastes se decanta por la visita al terreno de las cuencas, y se empieza a sentir paulatinamente un desasosiego ascendente donde son protagonistas no solo seres vivos espantosos como los lobos, sino también elementos de la naturaleza presumiblemente hasta entonces inofensivos, además de otras criaturas pavorosas inverosímiles o repugnantes, cuando no entrañables pero paradójicamente aborrecibles como es el caso en este punto de los engendros semi monstruosos de los gnomos. Veamos como Bécquer logra crear una escena angustiosa, con el Moncayo de protagonista majestuoso.

[...] pero no son los lobos los huéspedes más terribles del Moncayo: en sus profundas simas, en sus cumbres solitarias y ásperas, en su hueco seno, viven unos espíritus diabólicos que durante la noche bajan por sus vertientes como un enjambre, y pueblan el vacío, y hormigean en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas o se mecen en las desnudas ramas de los árboles. Ellos son los que aúllan en las grietas de las

peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve que bajan rodando desde los altos picos y arrollan y aplastan cuanto encuentran a su paso; ellos los que llaman con el granizo a nuestros cristales en las noches de lluvia y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz de los pantanos. (Bécquer, 1863, cap. I)

Y ya en el cuento se advierte que una vez traspasado los lindes de lo prohibido, ya no se dispone de resguardo alguno, sea este de tipo humano o divino. Por eso se menciona alegóricamente “la ermita de Nuestra Señora del Moncayo”. Las decisiones que asumamos los humanos, y más cuando son osadas y amenazan la esfera de seguridad personal, son responsabilidad del agente que las ha tomado, y así, reo de las consecuencias que pudieran acontecer.

En realidad esta belleza inmensa y lúgubre del Moncayo, maravillosa y execrable simultáneamente, aparece en diferentes leyendas de Bécquer. Así surge además de en *El gnomo*, en *El monte de las ánimas*, *Los ojos verdes* y *La corza blanca*. Efectivamente, en este último cuento, una especie de fábula y prosopopeya, el escenario es el Moncayo, y se realiza un símil entre las ondulaciones de la montaña con el cauce de un río, produciendo un efecto entre lo cristalino ambiguo y una opacidad fingidamente transparente. Sí, es osado entrar en los páramos de lo inexplicable y amenazante como es el caso del iluso montero Garcés, y aún lo es más, cuando no aborrecible, actuar con esa fría veleidad de arrogancia hacia las personas que uno tiene la sensación de dominar sentimentalmente, como la indomable y bella Constanza.

El río, que desde las musgosas rocas donde tenía su nacimiento venía siguiendo las sinuosidades del Moncayo, a entrar en la cañada por una vertiente, deslizándose desde allí bañando el pie de los sauces que sombreaban sus orillas, o jugueteando con alegre murmullo entre las piedras rodadas del monte, hasta caer en una hondura próxima al lugar que servía de escondrijo al montero. (Bécquer, 1863, cap. II)

En la esfera de este paraje montañoso aparece Purujosa. Resulta sorprendente, cuando no extraño, citar en este catálogo a un pueblo minúsculo donde solo habitan de forma permanente unas cuantas personas, que, en cualquier caso no llegan a diez. Pese a sus lógicas dimensiones reducidas, esta localidad zaragozana disfruta del Parque natural del Moncayo, de un entorno escabroso y cuevas que hacen las delicias de los espeleólogos.

Esta ubicación, aparentemente insignificante, dispone de historias y anécdotas que son harto curiosas, como la de detentar el récord Guinness por ser la población más pequeña del orbe, que posee un semáforo. Y aún hay más curiosidades: en Purujosa se halla un yacimiento considerable a nivel mundial, de unos artrópodos ya desaparecidos, los trilobites. Y es que se especula que pudo haber un asentamiento Neandertal en la zona, incluso alguna población celtibérica, y los más osados de la zona fantasean con una supuesta visita del emperador que permitió oficialmente a los cristianos ejercer libremente su credo, Constantino I. Todo parece increíble, y por supuesto, dejando de banda el asunto del depósito de fósiles, este ambiente debió llegar, sin duda alguna, a nuestro protagonista reiterado en la zona, Gustavo Adolfo Bécquer.

De nuevo hemos de recurrir a *Cartas desde mi celda*, para mencionar un viaje que realizó a Trasmoz, con la compañía de unos habitantes de Purujosa y de un terreno local no demasiado acogedor. En la carta I se explica de esta sazón:

Hízolo así el posadero, ajusté el viaje con unos hombres que habían venido a vender carbón de Purujosa y se tornaban de vacío, y héteme aquí otra vez en marcha y camino del Moncayo, atalajado en una mula, como en los buenos tiempos de la Inquisición y el rey absoluto. Cuando me vi en mitad del camino con aquellas subidas y bajadas tan escabrosas rodeado de los carboneros que marchaban a pie a mi lado cantando una canción monótona y eterna; delante de mis ojos la senda, que parecía una culebra blancuzca e interminable que se alejaba enroscándose por entre las rocas, desapareciendo aquí y tornándose a aparecer más allá, y a un lado y otro los horizontes inmóviles y siempre los mismos... (Bécquer, 1864, carta I)

Somontano del Moncayo es un territorio que comprende partes de Zaragoza y Soria. En él hay diferentes localidades a las que estuvo muy atento Gustavo Adolfo Bécquer, quien aprovecha el misterio que destilaban sus pueblos y características geográficas y climatológicas particulares. Algunos de estos emplazamientos están analizados en este trabajo, pero con el objetivo de realizar una síntesis más común, a veces, el escritor sevillano, prefería aludir el territorio conocido como Somontano del Moncayo. Sin ir más lejos ya se desea ofrecer el propósito de lo manso que resultaba la zona, en contraste con la barahúnda y bullicio de la capital de Madrid. Esto se afirma en la carta II de *Cartas desde mi Celda*:

La campana del monasterio, la única que ha quedado colgada en su ruinoso torre bizantina, comienza a tocar la oración, y una cerca, y otra lejos, éstas con una vibración metálica y aguda, aquéllas con un sonido sordo y triste, les responden las otras campanas de los lugares del Somontano. De estos pequeños lugares, unos están en las puntas de las rocas, colgados como el nido de un águila, y otros, medio escondidos en las ondulaciones del monte, o en lo más profundo de los valles. Parece una armonía que a la vez baja del cielo y sube de la tierra, y se confunde y flota en el espacio, mezclándose al último rumor del día que muere el primer suspiro de la noche que nace. (Bécquer, 1864, carta II)

Y volviendo a la carta VII de *Cartas desde mi celda*, que referimos ya a propósito del Moncayo, Bécquer nos brinda una sucinta sinopsis de lo que se conoce como Somontano del Moncayo, creándose una atmósfera de solemnidad y soberbia, como prefacio a las reflexiones del moro, debido a las ilusiones que albergaba en la idea de ser el dueño del castillo.

Antes de llegar a lo que se llama el Somontano, que es una reunión de valles y alturas que van subiendo gradualmente hasta llegar al pie de la cordillera que domina el Moncayo, coronado de nieblas y de nubes como el gigante y colosal monarca de estos montes, hay, viniendo de Tarazona, una gran eminencia que lo oculta a la vista hasta que se llega a la cumbre. (Bécquer, 1864, carta VII)

En contraste con Purujosa, nos encontramos ahora con una ciudad de larga tradición, tanto en lo que se refiere a su fundación, como a sucesos culturales varios que perduran hasta la actualidad. Es Tarazona y concretamente está situada en la encrucijada entre los antiguos reinos de Aragón, Navarra y Castilla.

Tarazona tiene un marco municipal muy diverso en cuanto a su fisonomía geográfica. Desde zonas altamente secas a otras en donde el agua y la nieve están presentes con abundancia.

Desde la óptica histórica han pasado por terreno turiasonense múltiples etnias y culturas, eso sin dar crédito a los relatos sobre sus orígenes bíblicos. Todo ello se ha plasmado en su rico acervo cultural y arquitectónico, contándose con elementos visigóticos, románicos, mudéjar, renacentista o barroco por mencionar unos cuantos. Palacios, iglesias, el convento de San Francisco, la plaza de toros o el barrio judío, han sido testimonios de esta extensa historia, caldo de cultivo además para disfrutar de

narraciones y fábulas. No en vano, Tarazona forma parte de lo que se denomina ruta de la brujería del Moncayo.

Gustavo Adolfo Bécquer quedó realmente fascinado por los encantos de Tarazona. Cualquier detalle le resultó como una fuente de información apta para desarrollar o recopilar sus narraciones. Desde su ambiente de abolengo (se celebraron varias sesiones de corte real) a la abigarrada estructura arquitectónica de Tarazona. Tanto fue así, que incluso se permitió compararla con su tan adorada Toledo. Es hora de recoger con sus propios vocablos las impresiones que le causó en la carta I de *Cartas desde mi celda*.

En Tarazona nos apeamos del coche entre una doble fila de curiosos, pobres y chiquillos. Despedímonos cordialmente los unos de los otros, volví a encargar a un chicuelo de la conducción de mi equipaje, y me encaminé al azar por aquellas calles estrechas, torcidas y oscuras, perdiendo de vista, tal vez para siempre, a mi famoso regidor que había empezado por cargarme, concluyendo al fin por hacerme feliz con su eterno buen humor, su incansable charla y su inquietud, increíble en una persona de su edad y su volumen. Tarazona es una ciudad pequeña y antigua; más lejos del movimiento que Tudela, no se nota en ella el mismo adelanto, pero tiene un carácter más original y artístico. Cruzando sus calles con arquillos y retablos, con caserones de piedra llenos de escudos y timbres heráldicos, con altas rejas de hierro de labor exquisita y extraña, hay momentos en que se cree uno transportado a Toledo, la ciudad histórica por excelencia. (Bécquer, 1864, carta I)

Asimismo queda también embelesado por la plaza Mayor, mencionada por el escritor como la plaza del Mercado, pues antaño, tal y como sugiere ya su palabra, en esa plaza de planta rectangular, tenía allí lugar el intercambio de mercaderías varias, como de grano o de bestias de ganado. También se halla la Casa Consistorial, con una arquitectura renacentista sobrecogedora que incluye arcos de medio punto, balcones corridos con una barandilla en común, óculos y emblemas señoriales. La plaza también cuenta con la gótica iglesia de San Bartolomé. No fue raro pues, que este espectáculo produjera un impacto en el literato sevillano, rayano en el deslumbramiento más eminente con su miríada de elementos ornamentales. Lo longevo del lugar relumbra con asombro, el juego cromático de luces es admirable, el bisbiseo embriagador. En la carta V lo explica con esta elegancia:

Entre los muchos sitios pintorescos y llenos de carácter que se encuentran en la antigua ciudad de Tarazona, la plaza del Mercado es sin duda alguna el más original y digno de estudio. Parece que no ha pasado para ella el tiempo que todo lo destruye o altera. Al encontrarse en mitad de aquel espacio de forma irregular y cerrado por lienzos de edificios a cual más caprichosos y vetustos, nadie diría que nos hallamos en pleno siglo XIX, siglo amante de la novedad por excelencia, siglo aficionado hasta la exageración a lo flamante, lo limpio y lo uniforme. Hay cosas que son más para vistas que para trasladadas al lienzo, siquiera el que lo intente sea un artista consumado, y esta plaza es una de ellas. A donde no alcanza, pues, ni la paleta del pintor con sus infinitos recursos, ¿cómo podrá llegar mi pluma sin más medios que la palabra, tan pobre, tan insuficiente para dar idea de lo que es todo un efecto de líneas, de claroscuro, de combinación de colores, de detalles, que se ofrecen juntos a la vista, de rumores y sonidos que se perciben a la vez, de grupos que se forman y se deshacen, de movimiento que no cesa, de luz que hiere, de ruido que aturde, de vida, en fin, con sus múltiples manifestaciones, imposibles de sorprender con sus infinitos accidentes ni merced a la cámara fotográfica? (Bécquer, 1864, carta V)

La alcornia noble y señorial de Tarazona tiene también su presencia en otro de sus cuentos, *la corza blanca*. En concreto se hace alusión al preste turiasonense, sin duda por la influencia de la antigua diócesis de Tarazona, soportada con sus instituciones eclesiásticas como la catedral de Nuestra Señora o las iglesias del lugar.

Trasmoz podría ser el protagonista principal del presente artículo. Este pequeño pueblo, con apenas 80 habitantes, sito también en el entorno del Moncayo y limítrofe con Soria, es realmente peculiar. Tiene el “honor” de ser la única localidad española que ostenta oficialmente una excomulgación y una maldición. Fue excomulgado a mitades del siglo XII, al parecer por un conflicto con el vecino monasterio cisterciense de Veruela, relacionado con la obtención de la leña. A ello colaboró el hecho de que en Trasmoz eran habituales ritos e idolatrías de herejes, tomando gran protagonismo los aquelarres y sus brujas en el interior del castillo. Las adoraciones paganas fueron probablemente exageradas o inventadas por los vecinos de las localidades cercanas.

En cualquier caso ningún sumo pontífice ha revocado hasta la fecha esta excomulgación. La historia de la rivalidad continuó de tal manera que Trasmoz, además, recibió una maldición por parte del abad. Esta vez el detonante fue el uso del cauce de los riegos. A pesar de que las Cortes de Aragón otorgaron la razón al señorío de Trasmoz, eso no impidió la venganza por parte del monasterio.

Otro capítulo oscuro y tenebroso fue el caso de la “Tía Casca”. Al parecer esta figura existió en la realidad, y se le acusaba de ser una hechicera nigromántica, capaz de envenenar, devastar, blasfemar, humillar o maldecir a cualquiera que se le antojase, además de dominar extrañas lenguas. Esta experta en brebajes, causó el hastío de los trasmoceros llegándose al punto de ser arrojada por una loma, lo que causó su muerte. Ello ocurrió supuestamente una década antes de la estancia de los hermanos Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer en el monasterio de Veruela entre 1863 y 1864. Material demasiado exquisito para ser desaprovechado por el escritor sevillano, y, por supuesto, por su amigo Augusto Ferrán. El escritor madrileño aprovecha los entornos del Moncayo, y con harta frecuencia Trasmoz, y es en su relato *El puñal*, en donde se recrea la historia trágica de un judío acaudalado, cuya hija de enorme belleza, trastoca las expectativas del padre. Es obvio el ambiente y la reputación misteriosa de Trasmoz para generar fuerza al contenido de la historia.

Desde aquel momento principió para Juan una vida horrible, insoportable, de tormentos y de sinsabores. Pasaba los días vagando alrededor de Trasmoz, adonde le atraía como una fuerza irresistible.

Por la noche a duras penas encontraba un albergue: nadie le quería recibir en su casa, y todos rechazaban a un hombre poseído del diablo. (Ferrán, 1863, p.5)

En *Cartas desde mi celda*, Gustavo Adolfo Bécquer hace uso de Trasmoz como paisaje principal o trasfondo de la historia. Un paseo en la actualidad por las calles de este pequeño pueblo, ya muestra su predisposición idónea para ser sede de un pandemónium de la bulla de las brujas y otros seres hechiceros y dados a la nigromancia. Todo es tortuoso y sinuoso, y se puede tener la sensación de sentirse observado desde la loma donde se halla el castillo, en ruinas. Allí, esos muros son testigos de los desenfrenos y la depravación de los magos y pitonisos.

En la época en que estuvo Bécquer esta percepción debió ser aún mucho más punzante, más sombrío y más siniestro. En la carta VII de *Cartas desde mi celda*, en la que se narra la veloz fundación del castillo de Trasmoz, el escritor sevillano puntualiza y compara Trasmoz con otros lugares míticos en cuanto a los aquelarres se refiere: el pueblo soriano de Baraona y el más famoso en este sentido, el pueblo navarro de Zugarramurdi.

Desde tiempo inmemorial es artículo de fe entre las gentes del Somontano que Trasmoz es la corte y punto de cita de las brujas más importantes de la comarca. Su castillo, como los tradicionales campos de Barahona y el valle famoso de Zagarramundi, pertenece a la categoría de conventículo de primer orden y lugar clásico para las grandes fiestas nocturnas de las amazonas de escobón, los sapos con collareta y toda la abigarrada servidumbre del macho cabrío, su ídolo y jefe. (Bécquer, 1864, carta VII)

En su carta VI se explica la relación de sucesos que giraron en torno al caso de la Tía Casca. Todavía en los alledaños riscosos de las pendientes que rodean a Trasmoz, se recuerda el lugar de los hechos del final trágico, y deseado por los vecinos de la localidad, de la infame bruja. Un pastor expone los acontecimientos del desenlace de la embaucadora nigromántica, señalando el supuesto barranco donde fue arrollada la Tía Casca. Lo cierto es que el paisaje agreste de los promontorios invita a imaginarse mejor la escena.

Al llegar ésta al borde del precipicio se detuvo un instante, sin saber qué partido tomar; las voces de los que parecían perseguirla sonaban cada vez más cerca, y de cuando en cuando la veía hacer una contorsión, encogerse o dar un brinco para evitar los cantazos que le arrojaban. Sin duda no traía el bote de sus endiablados untos, porque, a traerlo, seguro que habría atravesado al vuelo la cortadura, dejando a sus perseguidores burlados y jadeantes como lebreles que pierden la pista. ¡Dios no lo quiso así, permitiendo que de una vez pagara todas sus maldades! (Bécquer, 1864, carta VI)

También a las faldas del Moncayo se encuentra este pueblo, Vera de Moncayo, el cual ya contó con presencia humana desde hace unos 3.000 años, debido a los yacimientos explotados de minerales que hay en sus contornos. Sin embargo, su relumbrón, en cuanto al vínculo con este trabajo, se debe al monasterio de Veruela, que pertenece al municipio de Vera de Moncayo. Esta abadía de la orden del Císter, fue fundada en el siglo XII. Precisamente sobre su fundación abunda Gustavo Adolfo Bécquer, quien residió allí junto con su hermano Valeriano y sus respectivas familias. Mientras este se dedicó a pintar cuadros, el escritor disfrutó del entorno del Moncayo, para recoger historias lugareñas y fantasearlas con su peculiar estilo refinado, tal y como se ha ido recogiendo en este artículo. Una de esas narraciones hace referencia a la manera en como se erigió el monasterio. Según la leyenda, el protagonista principal, además de la Virgen, fue el noble aragonés quien en reconocimiento a la orientación y protección ofrecida por la Virgen, cuando este se había extraviado por los bosques de la zona, ordenó la construcción del monasterio en el que se alberga la imagen milagrosa que se halló en un lugar recóndito de la foresta. Así se narra en la carta IX de *Cartas desde mi celda*:

Un arroyo de agua cristalina corre allí con un ruido apacible, medio oculto entre el espeso festón de juncos y lirios blancos que dibuja sus orillas y, en el verano, las ramas de los chopos, agitadas por el aire que continuamente sopla de la parte del Moncayo, dan a la vez música y sombra. Llamen a este sitio La Aparecida en él tuvo lugar, hará próximamente unos siete siglos, el suceso que dio origen a la fundación del célebre monasterio de la orden del Císter, conocido con el nombre de Santa María de Veruela. (Bécquer, 1864, carta IX)

Ciertamente se palpa el contraste entre el bullicioso Madrid y lo conmovedor de la zona en donde se hospedó Gustavo Adolfo Bécquer, y desde donde comenzó a redactar sus historias para el diario madrileño *El contemporáneo*. Por esos lares trató el escritor de recuperarse de su recaída de la enfermedad de tuberculosis. Eso acentuaría su sensibilidad a la hora de plasmar estos relatos. La

percepción de las sensaciones que despertaba el marco natural de la zona fue sin duda aumentada. Ya desde la carta I se hace explícita lo hondamente espiritual de la cuenca de Veruela.

En el fondo de este valle, cuya melancólica belleza impresiona profundamente, cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge a la vez, diríase, por el contrario, que los montes que lo cierran como un valladar inaccesible nos separan por completo del mundo. Tan notable es el contraste de cuanto se ofrece a nuestros ojos, tan vagos y perdidos quedan al confundirse entre la multitud de nuevas ideas y sensaciones los recuerdos de las cosas más recientes. (Bécquer, 1864, carta I)

Una impresión similar tuvo Augusto Ferrán quien refleja las emociones inspiradoras del mismo entorno. Eso queda reflejado en el segundo fragmento de *El puñal*.

De todos los valles que descienden de la montaña, es el más dilatado y a la par el más ameno y pintoresco, el llamado desde tiempo inmemorial valle de Veruela, que dista como unas dos leguas de la ciudad de Tarazona, y otras dos, por Oriente, de Borja. (Ferrán, 1863, p.1)

La capital aragonesa tiene por supuesto una larga historia. De hecho desde la Edad del Bronce, cerca de unos 3.000 años. Su localización, a orillas del río más largo y caudaloso de España, el Ebro (Iberia proviene por cierto del río Iber, es decir Ebro), y el hecho de ser la ciudad más ventosa del país, le han dotado de unas peculiaridades atractivas.

Las huellas de los diferentes pueblos que han pisado terreno zaragozano son evidentes a lo largo y ancho de la ciudad. Quizás los sitios históricos y culturales más emblemáticos sean el palacio encastillado de la Aljafería y la catedral-basílica de Nuestra Señora del Pilar. El primer edificio es una joya arquitectónica de estilo mudéjar. El segundo es uno de los templos marianos en España con más devotos. Se comenzó a construir sobre una iglesia mozárabe, derivando después en una iglesia románica y, posteriormente, en una basílica gótica. El nombre de “el Pilar” procede de una supuesta columna donde se habría aparecido la Virgen María.

Insólitamente, Zaragoza es una de las grandes desaprovechadas por las narraciones de los escritores de literatura fantástica decimonónica. Solo existen algunas menciones por parte una vez más de Gustavo Adolfo Bécquer, y eso ocurre en *Cartas desde mi celda*. Así en su carta I, cuando el escritor sevillano nos va relatando sus vivencias en su trayecto con un ómnibus que iba a partir desde Zaragoza hasta Tarazona, nos señala brevemente la importancia mística de la Virgen, unas circunstancias espirituales que se pasaban de generación a generación.

Yo fui uno de los primeros en colocarme en mi sitio, al lado de dos mujeres, madre e hija, naturales de un pueblo cercano y que venían de Zaragoza donde, según me dijeron, habían ido a cumplir no sé qué voto a la Virgen de Pilar. La muchacha tenía los ojos retozones, y de la madre se conservaba todo lo que a los cuarenta y pico de años puede conservar se de una buena moza. (Bécquer, 1864, carta I)

Bibliografía

Libros:

- AMORÓS, Pedro (2009). *Guía de la España misteriosa*. Barcelona: Grupo Editorial Planeta.
- ANÓNIMO (2007). *El lazarrillo de Tormes*. Barcelona: Debolsillo.

- ARTOLA, Miguel (1988). *Enciclopedia de historia de España*. Madrid: Alianza.
- ARAGÓN, Jesús (1995). *La sombra blanca de Casarás*. Barcelona: Juventud.
- BAROJA, Pío. "Médium". En MARTÍNEZ, Alejo (1999). *Antología española de literatura fantástica*. Madrid: Ed. Valdemar.
- BARRAL, Xavier (1996). *Historia del arte de España*. Barcelona: Lunwerg.
- BARRANTES, Vicente (1875). *Cuentos y leyendas*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de P. Núñez.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (2004). *Rimas y Leyendas*. Anaya: Madrid
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (2004). *Cartas desde mi celda*. Ediciones 29: Sant Cugat del Vallés
- CARMONA, José Ignacio (2012). *La España mágica. Mitos, leyendas y curiosidades pintorescas*. Madrid: Nowtilus
- CERVANTES, Miguel de (1995). *El casamiento engañoso; El coloquio de los perros*. Madrid: Edelsa.
- CERVANTES, Miguel de (2004). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Espasa.
- CERVANTES, Miguel de (2009). *El licenciado Vidriera*. Barcelona: Linkgua
- CERVANTES, Miguel de (2022). *La cueva de Salamanca*. Barcelona: Linkgua.
- CERVANTES, Miguel de (2009). *Rinconete y Cortadillo*. Barcelona: Bambú.
- CORCHADO, Manuel (1873). *Historias de ultratumba*. Madrid: Imprenta de D.J.M. Alcántara.
- DOMINGO, Amalia (2002). *Cuentos espiritistas*. Madrid: Clan.
- ESLAVA, Juan (2016) *Viaje por el Guadalquivir y su historia*. Madrid: Esfera de los Libros.
- ESPRONCEDA, José de (1997). *El diablo mundo*. Barcelona: Espasa.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Serafín (1919). *Novelas y cuentos*, (Colección universal, números 46 y 47). Madrid: Calpe.
- FERNÁNDEZ, Manuel (2008). *Los siete infantes de Lara*. Madrid: Mandrágora.
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro (2009). *La comedia nueva*. Dueñas: Simancas Ediciones.
- FRANCO, Tomás (2014). *Geografía de España (Física, Humana y Económica)*. Madrid: Librería Sanz y Torres, S.L.
- GIL Y CARRASCO, Enrique (1899). *El lago de Carucedo*. León: Imprenta de Maximino A. Miñón.
- GIL, Antonio, y GÓMEZ, Josefina (2001). *Geografía de España*. Madrid: Ariel.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (1877). *Leyendas, novelas y artículos literarios*. Madrid: Librería de Leocadio López.
- LÓPEZ, Juan Antonio (2012). *Ros de Olano y los toros*. *Revista de estudios taurinos*. Número 31, págs. 103-131.
- MADOZ, Pacual (2008). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MARTÍNEZ, Alejo (1999). *Antología española de literatura fantástica*. Madrid: Valdemar.
- MARTÍNEZ, Vicente (2002). *El Valdemaro*. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MIRAS, Domingo (1992). *Las brujas de Barahona*. Madrid: Espasa.
- MOLINA, Juan (2006). *Cuentos fantásticos en la España del Realismo*. Pinto (Madrid): Ediciones Cátedra.

- NÚÑEZ, Gaspar *Miscelánea literaria*. Barcelona: Esditorial Maucchi.
- PÉREZ, Agustín (1831). *Galería fúnebre*. Madrid: Imprenta de D. J. Palacios.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2003). *El amigo manso*. Madrid: Akal.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2005). *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Akal.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2007). *Nazarín*. Madrid: Alianza Editorial.
- PRÍNCIPE, Miguel (1848). *La casa de Pero-Hernández*. Madrid: Imprenta de Don Baltasar González.
- PUENTE, Antonio (2017). *Guía de la España histórica, legendaria y misteriosa*. Córdoba: Editorial Almuzara.
- RIQUER, Martín de, y VALVERDE, José María (2018). *Historia de la literatura universal*. 2 vols. Barcelona: Gredos.
- ROAS, David (2000). *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX* (Tesis doctoral). Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- ROAS, David (2001). *Teorías de lo fantástico*. Madrid: Arco Libros.
- RODRÍGUEZ, Lina (2016). *Manual de historia de la literatura española*. 2 vols. Barcelona: Castalia.
- ROS, Antonio (1863). *El doctor Lañuela*. Madrid: Imprenta de Manuel Galiano.
- RUEDA, Salvador (1900). *Bajo la parra*. Madrid: Imprenta de la Gaceta Universal .
- RUEDA, Salvador (1891). *Tanda de valeses*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- SALVÁ, Vicente (2011). *La bruja ó Cuadro de la Corte de Roma: novela hallada entre los manuscritos de un respetable teólogo, grande amigote de la curia romana*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- SELGAS, Javier (1876). *Escenas fantásticas*. Madrid: Imprenta de Aribau y C^a.
- SERRANO, Alberto (1996). *El Moncayo, fantástico, legendario y misterioso*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza.
- TOLOSA, M. (1884). "La madre loca" en *La madre y el niño*, Revista. Madrid: Imprenta Enrique Teodoro.
- TRUEBA, Antonio (1866). *Cuentos populares*. Leipzig: F.A. Brockhaus.
- TUÑÓN, Manuel (1991). *Historia de España*. 16 vols. Barcelona: Editorial Labor.
- VALERA, Juan (2006). *Pepita Jiménez*. Madrid: Cátedra.
- VV. AA. (1999). *Historia de la literatura española*. Barcelona: Ariel.
- VV. AA. (2004). *Geografía humana*. Barcelona: Ariel.
- VV. AA. (2010). *Historia del arte*. Madrid: Tikal.
- ZORRILLA, José (1841). *Cantos del Trovador*. Madrid: Editor J. Boix.

Documentos en Internet:

- ALARCÓN, Pedro Antonio de. *El amigo de la muerte*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/300747.pdf>.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de. *El año en Spitzberg*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/71311.pdf>.

- BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Cartas desde mi celda*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1939.pdf>.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Rimas y leyendas*. Recuperado en <http://lelibros.online/libro/descargar-libro-rimas-y-leyendas-en-pdf-epub-mobi-o-leer-online/>.
- «CLARÍN», Leopoldo Alas. *Solos de Clarín*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132164.pdf>.
- ESCAMILLA, Pedro. *Su retrato*. Recuperado en <https://freeditorial.com/es/books/su-retrato--2/related-books>.
- ESCAMILLA, Pedro. *El cuadro de Maese Abraham*. Recuperado en <https://airenuestro.files.wordpress.com/2016/01/el-cuadro-de-maese-abraham-pedro-escamilla1.pdf>.
- ESCAMILLA, Pedro. *El gato negro*. Recuperado en <https://freeditorial.com/es/books/el-gato-negro>.
- ESPRONCEDA, José de. *El estudiante de Salamanca*. Recuperado en <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Espronceda.%20ElEstudianteDeSalamanca.pdf>.
- FERRÁN, Augusto. *El puñal*. Recuperado en <https://freeditorial.com/es/books/el-punal>.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (1844). *La baronesa de Joux*. Recuperado en <https://archive.org/details/labaronesadejou00fvgoog>.
- LARRA, Mariano José de. *Un reo de muerte*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/70077.pdf>.
- LEWIS, Matthew. *El monje*. Recuperado en [http://assets.espdf.com/b/Matthew%20G.%20Lewis/El%20monje%20\(5635\)/El%20monje%20-%20Matthew%20G.%20Lewis.pdf](http://assets.espdf.com/b/Matthew%20G.%20Lewis/El%20monje%20(5635)/El%20monje%20-%20Matthew%20G.%20Lewis.pdf).
- MADRAZO, Pedro. *Yago Yasck*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/156950.pdf>.
- OCHOA, Eugenio (1835). *El espectro del castillo*. Recuperado en <https://airenuestro.files.wordpress.com/2016/01/el-castillo-del-espectro-1835-eugenio-de-ochoa.pdf>.
- PALACIO VALDÉS, Armando. *El sueño de un reo de muerte*. Recuperado en <http://ciudadseva.com/texto/el-sueno-de-un-reo-de-muerte/>.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. *¿Dónde está mi cabeza?* Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130300.pdf>.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. *La princesa y el granuja*. Recuperado en http://www.ellibrototal.com/total/?t=1&d=1411_1471_1_1_1411.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. “La sombra”. En *La sombra-Celín-Tropiquillos-Theros*. Recuperado en <http://www.dominiopublico.es/ebook/00/30/0030.pdf>.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. *Torquemada en la hoguera*. Recuperado en <http://ciudadseva.com/texto/torquemada-en-la-hoguera/>.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. *Una industria que vive en la muerte*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132232.pdf>.
- POTOCKI, Jan. *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Recuperado en [http://assets.espdf.com/b/Jan%20Potocki/Manuscrito%20encontrado%20en%20Zaragoza%20\(9227\)/Manuscrito%20encontrado%20en%20Zarago%20-%20Jan%20Potocki.pdf](http://assets.espdf.com/b/Jan%20Potocki/Manuscrito%20encontrado%20en%20Zaragoza%20(9227)/Manuscrito%20encontrado%20en%20Zarago%20-%20Jan%20Potocki.pdf).

ROMERO, Gregorio. *Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España*. Recuperado en <http://www.sicapacitacion.com/lib/Romero%20y%20Larranaga,%20Gregorio%20-%20Cuentos%20tradiciones%20de%20Espana.pdf>.

VALERA, Juan. *La buena fama*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/70669.pdf>.

VALERA, Juan. *Morsamor*. Recuperado en http://dgb.conaculta.gob.mx/coleccion_sep/libro_pdf/31000000968.pdf.

WALPOLE, Horace *El castillo de Otranto*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/154027.pdf>.

ZORRILLA, José. (1840). *Aureola. Periódico semanal de Literatura, Ciencias, Artes*. Tomo II, n° 56, p.71-77. Recuperado en http://historiasdomingueras.blogspot.com/2017/04/un-cuento-de-jose-zorrilla_5.html.

ZORRILLA, José. *Don Juan Tenorio*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130533.pdf>.

ZORRILLA, José *El capitán Montoya*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/71469.pdf>.

ZORRILLA, José. *Entre clérigos y diablos*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/70509.pdf>.

ZORRILLA, José. *La mujer negra*. Recuperado en http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/articles-106938_Archivo.pdf.

ZORILLA, José. *Leyendas*. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/134162.pdf>.

ZORRILLA, José. *Margarita Torners*. Recuperado en <http://biblioteca.org.ar/libros/70095.pdf>.

Filmografía

CID, Elena. (2018). *Bécquer y las brujas*. Disentropic Films.